

estaciones dista mucho de ser armonioso su penetrante grito. Cerca de Maldonado estas aves son muy atrevidas y muy poco ariscas; visitan en gran número las casas de campo para arrancar pedazos á la carne colgada en las paredes ó en postes; si otra ave, sea cual fuere, se aproxima á ellas para tomar parte en el festín, las calandrias la expulsan en seguida. Otra especie, próxima aliada de ésta (*Mimus patagonica*, de D'Orbigny), que habita en las inmensas llanuras desiertas de la Patagonia, es mucho más salvaje, y tiene un tono de voz un poco diferente. Parece curioso mencionar (lo cual prueba la importancia de las más ligeras diferencias entre las costumbres) que, habiendo visto esta segunda especie, y no juzgándola sino desde este punto de vista, creí que era diferente de la especie habitante en las cercanías de Maldonado. Habiendo adquirido luego un ejemplar, y comparado ambas especies sin gran esmero, parecieronme tan absolutamente semejantes que cambié de opinión. Pues bien; Mr. Gould sostiene que son dos especies distintas, conclusión que concuerda con la leve diferencia de hábitos que Mr. Gould no conocía, sin embargo.

No citaré más que otras dos aves muy comunes y muy notables por sus costumbres. Puede considerarse al *Saurophagus sulphuratus* como el tipo de la gran tribu americana de los papamoscas. Por su conformación se asemeja mucho al verdadero alcotán, pero por sus costumbres puede comparársele á muchas aves. Le he observado con frecuencia estando yo de caza en el campo, cerniéndose ya encima de un sitio, ya sobre otro sitio. Cuando está suspenso así en el aire, á cierta distancia se le puede tomar fácilmente por uno de los miembros de la familia de las aves de rapiña; pero se deja caer con mucha menos fuerza y rapidez que el

halcón. Otras veces, el saurófago frecuenta las cercanías del agua; permanece allí quieto como un martinpescador, y pesca los pececillos que cometen la imprudencia de acercarse demasiado á la orilla. A menudo se guardan estas aves enjauladas ó en los corrales de las granjas; en este caso, se les cortan las alas. Se domestican muy pronto, y es muy divertido observar sus maneras cómicas, las cuales se parecen mucho á las de la urraca común, según me han dicho. Cuando vuelan, avanzan por medio de una serie de ondulaciones, porque el peso de su cabeza y de su pico es demasiado grande, si con el de su cuerpo se compara. Por la noche, el saurófago se encarama sobre un matorral, casi siempre al borde del camino; y repite continuamente, sin modificarlo nunca, un grito agudo y bastante agradable, que se parece un poco á palabras articuladas. Los españoles creen reconocer éstas: «bien te veo», y por eso le han dado este nombre.

Dícese que las carranchas son muy astutas y que roban gran número de huevos. De acuerdo con los chimangos, intentan arrancar las costras que se forman en las heridas que los caballos y las mulas han podido hacerse en los lomos. Por un lado el pobre animal con las orejas colgando y encorvado el espinazo, por otro lado el ave amenazadora echando miradas de gula á esta presa asquerosa: todo ello forma un cuadro, descrito por el capitán Head con su ingenio y su exactitud habituales. Estas falsas águilas rarísimas veces atacan á un cuadrúpedo ó á un ave vivos. Quien ha tenido ocasión de pasar la noche tumbado entre su manta en las desoladas llanuras de la Patagonia, cuando por la mañana abre los ojos y se ve rodeado á distancia por esas aves que le vigilan



inmediatamente comprende las costumbres de buitre de esos comedores de carnaza; por supuesto, este es uno de los caracteres de aquellos países que no se olvida con facilidad y que reconoce todo el que los ha recorrido. Si un grupo de hombres va de caza, juntamente con caballos y con perros, muchas de esas aves les acompañan toda la jornada. En cuanto la carranchara se ha hartado, su buche desnudo se proyecta adelante; entonces (como siempre, por otra parte) está inactiva, pesada, floja; su vuelo perezoso y lento se parece al de la grulla inglesa; rara vez se cierne en los aires; sin embargo, dos veces vi á una de ellas cerniéndose á gran altura; entonces parecía moverse en el aire con mucha facilidad. En vez de saltar corre, pero no con tanta rapidez como algunas de sus congéneres. A veces, aunque muy pocas, deja oír la carranchara un grito; ese grito, fuerte, muy penetrante y singularísimo, puede compararse al sonido de la *g* gutural española seguido por una doble *rr*; cuando prorrumpe en ese grito eleva la cabeza cada vez más, hasta que, á la postre y abierto el pico cuan grande es, el vértice de la cabeza casi toca á la parte inferior de su dorso. Este hecho se ha negado; pero he podido observar frecuentemente á esas aves con la cabeza tan echada hacia atrás, que casi forman un círculo. Apoyándome en la elevada autoridad de Azara puedo añadir á estas observaciones: que la carranchara se alimenta de gusanos, moluscos acuáticos, limacos, saltamontes y ranas; que mata á los corderillos arrancándoles el cordón umbilical; y que persigue al gallinazo con tanto encarnizamiento, que este último se ve obligado á expeler la carnaza tragada por él recientemente. Azara afirma que á menudo se reúnen cinco ó seis carrancharas para dar caza á grandes aves

y aun á las garzas reales. Todos estos hechos prueban que este ave es muy variable en sus gustos y que está dotada de una gran espontaneidad.

El *Polyborus chimango* es mucho más pequeño que la especie precedente. Es un ave verdaderamente omnívora; come de todo, hasta pan; y me han asegurado que devasta los campos de patatas en Chiloe, arrancando los tubérculos que acaban de plantarse. Entre todas las aves que comen carne muerta, suele ser la última que abandona el cadáver de un animal; muy á menudo hasta la he visto en el interior del costillaje de un caballo ó de una vaca, como un pájaro dentro de una jaula. El *Polyborus Novae Zelandiae* es otra especie muy común en las islas Falkland. Estas aves se parecen casi en todo á las carrancharas. Se alimentan de cadáveres y de animales marinos; en los peñones de Ramírez hasta tienen que pedir al mar todo su alimento. En extremo atrevidas, frecuentan las cercanías de las casas para apoderarse de todo cuanto se arroje desde ellas. Así que un cazador mata á un animal, se juntan alrededor suyo en gran número para precipitarse sobre cuanto el hombre pueda abandonar y esperan con paciencia durante horas si es preciso. Cuando están ahitos, hinchaseles el implume buche, lo cual les da un aspecto repulsivo. Suelen atacar á las aves heridas: habiendo llegado á descansar en la costa un *Mórfex* herido, inmediatamente fué rodeado por varias de esas aves, las cuales acabaron de matarle á picotazos. El *Beagle* sólo visitó en verano las islas Falkland; pero los oficiales del buque *Aventure*, que pasaron un invierno en estas islas, me han citado muchos ejemplos extraordinarios de la audacia y de la rapacidad de estas aves. Una vez atacaron á un perro que dormía á los pies de uno



de los oficiales; otra vez, estando de caza, hubo que disputarlas unos gansos que acababan de ser muertos. Dicese que reunidas en bandadas (y en esto se parecen á las carranchas), se colocan junto al boquete de una gazapera y se arrojan sobre el conejo en cuanto sale. Cuando el barco estaba en el puerto iban constantemente á visitarlo y era menester una vigilancia de todos los instantes para impedir que destrozasen los pedazos de cuero que habia en las jarcias y llevarse los cuartos de carne ó la caza colgados á popa. Estas aves son muy curiosas, y también sólo por eso muy desagradables: recogen todo cuanto pueda haber en el suelo; transportaron á una milla de distancia un gran sombrero de hule y lleváronse también un par de bolas muy pesadas, de las que sirven para la caza de reses mayores. Durante una excursión, Mr. Usborne tuvo una pérdida más sensible, puesto que le robaron una brujulita de Kater, metida en un estuche de taflete rojo, y jamás pudo recobrarla. Se pelean mucho y tienen terribles accesos de cólera, durante los cuales arrancan la hierba á picotazos. No puede decirse que vivan verdaderamente en sociedad; no se ciernen en las alturas y su vuelo es pesado y torpe; corren con mucha rapidez, y su paso se asemeja bastante al de los faisanes. Son muy estrepitosos, dan varios gritos agudos; uno de esos gritos se parece al de la grulla inglesa, por lo cual las han dado este nombre los pescadores de focas. Circunstancia curiosa: cuando arrojan un grito echan atrás la cabeza, igual que la carrancha. Construyen los nidos en costas escarpadas, pero sólo en los islotes pequeños próximos á la costa y nunca en tierra firme ó en las dos islas principales: extraña precaución para un ave tan poco asustadiza y tan

atrevida. Los marinos dicen que la carne cocida de estas aves es muy blanca y constituye un manjar excelente; pero se necesita sumo valor para tragar un solo bocado de ella.

Sólo nos falta hablar del buitre (*Vultur Aurea*) y del gallinazo. Encuéntrase el primero en todas las comarcas moderadamente húmedas desde el cabo de Hornos hasta la América del Norte. Al contrario que el *Polyvorus brasiliensis* y el chimango, ha penetrado en las islas Falkland. El buitre es un ave solitaria, que á lo sumo se encuentra por parejas. Puede reconocerse inmediatamente hasta á gran distancia por su elegante vuelo y por la altura á que se cierne. Sabido es que sólo se alimenta de carnaza. En la costa occidental de la Patagonia, en medio de los islotes con vegetación y en la costa tan profundamente recortada, se nutre nada más que con lo que el mar arroja á la costa y con las focas muertas. Donde estas últimas se reúnen sobre los peñascos, de seguro se encuentran buitres. El gallinazo (*Cathartes atratus*) no habita en las mismas regiones que la última especie y nunca se encuentra al Sur del 41° de latitud. Según Azara, pretende una tradición que no había de estas aves junto á Montevideo en tiempo de la conquista, y que sólo han ido á esos parajes detrás de los habitantes. En la actualidad habitan en gran número en el valle del Colorado, sito á 300 millas al Sur de Montevideo.

Parece probable que esta nueva inmigración ha ocurrido desde el tiempo de Azara. El gallinazo suele preferir un clima húmedo, ó más bien las cercanías del agua dulce; por eso abunda en extremo en el Brasil y en el Plata y nunca se le encuentra en las llanuras áridas y desiertas de la Patagonia septentrional, excepto á lo largo de algunos ríos. Estas aves frecuen-



tan las Pampas hasta las Cordilleras, pero ni una sola he visto en Chile; en el Perú se las respeta, por considerarlas como los verdaderos barrenderos de las calles. Ciertamente puede decirse que esta clase de buitres viven en sociedad, pues parecen complacerse en su mutua compañía y no sólo se reúnen para arrojarse contra una presa común. En un día bueno pueden observarse á menudo bandadas enteras cerniéndose á grandes alturas, describiendo cada ave las más graciosas evoluciones. Estas evoluciones no pueden ser para ellas más que un ejercicio, ó tal vez se relacionen con sus enlaces matrimoniales.

He citado todas las aves que se alimentan de carnaza, excepto el condor; quizá sea preferible dejar lo que tengo que decir de él hasta que visitemos un país más en relación con sus costumbres que las llanuras del Plata.

A algunas millas de Maldonado, en una ancha zona de montecillos de arena que separan la laguna del Potrero de las márgenes del Plata, encontré un grupo de esos tubos vitrificados y silíceos que forma el rayo cuando penetra en la arena. Esos tubos se parecen por completo á los de Drigg en Cumberland, descritos en las *Geological Transactions* (1). Los cerrillos de arena de Maldonado, no estando sujetos por vegetales de ninguna especie, cambian continuamente de posición. Por esta causa, los tubos habían sido proyectados sobre la superficie; y numerosos fragmentos, desparramados en derredor de ellos, probaban que

(1) *Geolog. Trans.*, tomo II, pág. 528. El Dr. Priestley describió en las *Philosoph. Trans.* (1790, pág. 294), algunos tubos silíceos imperfectos y una piedra de cuarzo fundido encontrados en el suelo, debajo de un árbol, donde un hombre había sido muerto por el rayo.

antes estuvieron enterrados á mayor profundidad. Había cuatro que penetraban verticalmente en la arena en este sitio; ahondando con las manos, pude seguir uno de ellos hasta una profundidad de dos pies; añadiendo algunos fragmentos que con toda evidencia habían pertenecido al mismo tubo, alcancé una longitud total de cinco pies y tres pulgadas. El diámetro de este tubo era de igual calibre en todas partes, lo cual nos autoriza para suponer que en su origen tenía una longitud mucho mayor. Pero, en último término, estas dimensiones son muy pequeñas si se comparan con las de los tubos de Drigg, uno de los cuales se encontró hasta una longitud de 30 pies.

La superficie interior de estos tubos está completamente vitrificada, reluciente y pulida. Examinado al microscopio un pequeño fragmento, se asemeja á un trozo de metal sometido á la acción del soplete: tan grande es el número de burbujas de aire ó de vapor que contiene. La arena es en este punto silícea del todo ó en gran parte; pero en algunos sitios del tubo presenta un color negro, y la superficie reluciente tiene un brillo absolutamente metálico. El espesor de las paredes del tubo varía entre  $\frac{1}{15}$  y  $\frac{1}{20}$  de pulgada, subiendo á veces hasta el de  $\frac{1}{10}$  de pulgada. En el exterior, los granos de arena están redondeados y un poco vitrificados, pero no he podido advertir ningún signo de cristalización. Como ya se indicó en las *Geological Transactions*, los tubos suelen estar comprimidos y tienen profundas ranuras longitudinales, lo cual hace que parezcan en absoluto un tallo vegetal arrugado, ó mejor aún la corteza de un olmo ó de un alcornoque. Tienen unas dos pulgadas de circunferencia; pero en algunos fragmentos cilíndricos donde no existen ranuras, la circunferencia llega hasta á



cuatro pulgadas. Estas ranuras provienen evidentemente de la compresión ejercida por la arena circundante sobre el tubo, mientras éste se hallaba aún blando, á consecuencia de los efectos del calor intenso. A juzgar por los fragmentos no comprimidos, la chispa debía tener un diámetro (si así puede decirse) de  $1 \frac{1}{4}$  pulgada. Los Sres. Hachette y Beudant, en París, consiguieron hacer tubos (1) análogos desde todos los puntos de vista á estas fulguritas, haciendo pasar descargas eléctricas extremadamente intensas á través de vidrio en polvo impalpable; cuando añadían sal al vidrio para aumentar su fusibilidad, los tubos tenían dimensiones mucho mayores. No consiguieron obtener tubos haciendo pasar la chispa á través del feldespato ó cuarzo pulverizados. Un tubo obtenido en vidrio pulverizado tenía cerca de una pulgada de longitud (exactamente  $\frac{982}{1000}$ ) y un diámetro interior de 19 milésimas de pulgada. Cuando al mismo tiempo se advierte que se empleó la batería más fuerte existente en París y que se hizo uso de substancias tan fácilmente fusibles como el vidrio para llegar á formar tubos tan pequeños, ¡qué asombro se experimenta al pensar en la fuerza de una descarga eléctrica que en varios puntos arenosos pudo formar cilindros que en un caso tenían por lo menos 30 pies de longitud y un diámetro interior de  $1 \frac{1}{2}$  pulgada en los sitios no comprimidos, con una substancia tan extraordinariamente refractaria como el cuarzo!

Los tubos, como ya lo he hecho notar, penetran en la arena en una dirección casi vertical. Sin embargo, uno de ellos, menos regular que los otros, se desviaba de la línea recta; el mayor codo formaba

(1) *Annales de chimie et de physique*, tomo xxxvii, pág. 319.

un ángulo de  $33^\circ$ . De ese mismo tubo, separadas entre sí un pie, partían dos ramas pequeñas, una con la punta vuelta hacia arriba y la otra hacia abajo. Este hecho es tanto más notable, cuanto que el fluido eléctrico debió de volverse atrás, formando con la línea principal de dirección un ángulo agudo de  $26^\circ$ . Aparte de estos cuatro tubos, que conservaban su posición en planos verticales, y que pude seguir por debajo de la superficie, encontré encima del suelo otros varios grupos de fragmentos pertenecientes, con seguridad, á tubos que debían de haberse formado allí cerca. Todos estaban en la cima plana de un montecillo de arena movediza, de unos 60 metros por 20, situado en medio de otros méganos arenosos más altos, á una distancia como de media milla de una cadena de colinas de 400 ó 500 pies de altura. Lo que me parece más notable aquí, como en Drigg y como en el caso observado por el Sr. Ribbentrop en Alemania, es el número de tubos encontrados en un espacio tan restringido. En Drigg observáronse tres en un espacio de 15 metros cuadrados; en Alemania se halló el mismo número. En el caso que acabo de describir, había, ciertamente, más de cuatro en un terreno de 60 metros por 20. Pues bien; como no parece probable que descargas separadas produzcan esos tubos, debemos creer que la chispa se divide en ramas separadas un poco antes de penetrar en el suelo.

Por otra parte, las cercanías del río de la Plata parecen singularmente sujetas á los fenómenos eléctricos. En 1793 estalló sobre Buenos Aires una de las tempestades quizá más terribles de que guarda recuerdo la Historia (1); cayeron rayos en 37 pun-

(1) AZARA: *Viaje*, tomo I, pág. 36.



tos de la ciudad y quedaron muertas 19 personas. Con arreglo á los hechos que he podido entresacar de muchas narraciones de viajes, me inclino á creer que las tempestades son muy comunes junto á la desembocadura de los grandes ríos. ¿Consistirá en que la mezcla de inmensas cantidades de agua dulce y de agua salada perturbe el equilibrio eléctrico? Durante nuestras visitas accidentales en esta parte de la América del Sur, también oímos decir que habían caído rayos sobre un buque, dos iglesias y una casa.

Poco tiempo después vi una de esas iglesias y la casa que pertenecía á Mr. Hood, cónsul general de Inglaterra en Montevideo. Algunos de los efectos del rayo habían sido curiosísimos; el papel estaba ennegrecido en una anchura como de un pie á cada lado de los alambres de hierro de las campanillas. Dichos alambres se fundieron; y aunque aquel aposento tenía quince pies de alto, al caer fundidos glóbulos de metal sobre las sillas y los muebles, los atravesaron con muchos agujeritos. Parte de la pared se hizo trizas, como si dentro de la casa hubiese hecho explosión una mina cargada de pólvora; y los restos de esa pared fueron proyectados con tanta fuerza, que se metieron en la pared opuesta de la estancia. El marco dorado de un espejo quedó negro todo él; volatilizóse sin duda el dorado, puesto que un frasco colocado encima de la chimenea junto al espejo estaba revestido de brillantes partículas metálicas que se adherían al vidrio tan por completo como el esmalte.

## CAPITULO IV

SUMARIO: El río Negro.—Estancias atacadas por los indios.—Lagos salados.—Flamencos.—Del río Negro al río Colorado.—Arbol sagrado.—Liebre de la Patagonia.—Familias indias.—El general Rosas.—Excursión á Bahía Blanca.—Méganos de arena.—Teniente Negro.—Bahía Blanca.—Incrustaciones salinas.—Punta Alta.—El Zorrillo.

### Del río Negro á Bahía Blanca.

24 de Julio de 1833.—El *Beagle* zarpa de Maldonado, y el 3 de Agosto llega á la desembocadura del río Negro. El río Negro es el principal río que hay en la costa, entre el estrecho de Magallanes y el Plata; se vierte en el mar á unas trescientas millas (480 kilómetros) al Sur del valle del Plata. Hace cerca de cincuenta años el gobierno español estableció una pequeña colonia en ese sitio; aún es hoy el punto más meridional (latitud 40°) donde habita el hombre civilizado en la costa oriental de América.

El país es miserable junto á la desembocadura del río Negro; por el lado Sur del río comienza una larga línea de riberas escarpadas verticales, que presentan un corte de la naturaleza geológica de la comarca. Las diferentes capas se componen de gres superpuestos; hay, entre otras, una capa muy notable porque consta de trozos de piedra pómez cementadas fuerte-